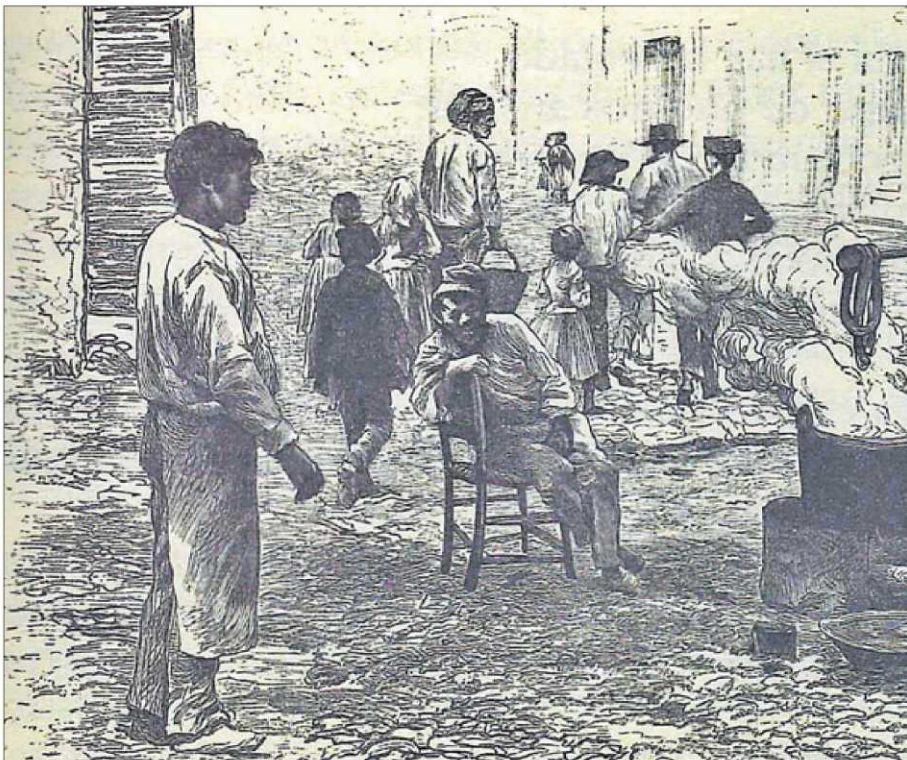


1



2



Libro. La isla utópica, el paraíso perdido. La historiadora Nina Ferrer presenta mañana el libro 'El mite de l'Illa Blanca', en el que llega a la conclusión de que ese mito se forjó a finales del siglo XIX y comienzos del XX por viajeros que hablaban de «un lugar con coordenadas geográficas concretas pero evidentemente irreal». La isla que describían «no existe, es la construcción de un lugar ideal basada en un lugar real».

El mito de la isla que no existe

► La historiadora Nina Ferrer publica el libro 'El mite de l'Illa Blanca', en el que analiza cuándo y cómo se forjó esa idea



El destino conduce a un puñado de extranjeros y peninsulares a visitar las Pitiusas a finales del siglo XIX. Alucinan con lo que encuentran aquí. En colores. Apenas tienen información de estas islas. Poco les importa, pues extraen en seguida unas conclusiones que, debido a su peso en las sociedades de las que proceden, calan en el imaginario colectivo. Crean un mito, el de la Eivissa salvaje, la de los bárbaros, o el de la isla blanca, la de los «auténticos ibicencos»... La historiadora Nina Ferrer ahonda en esa «idealización» histórica en 'El mite de l'Illa Blanca', una tesis que ha «reestructurado», según sus palabras, para que fuera «más divulgativa». El libro, editado por Publicacions de l'Abadia de Montserrat, se presenta mañana a las 20 horas en la sede de la demarcación ibicenca del Colegio Oficial de Arquitectos de Balears.

Ferrer reconstruye «la génesis del mito», así como su «perdurabilidad». Porque aunque haya pasado

siglo y medio (la cronología que estudia en este libro se inicia en 1867, por la visita del archiduque Lluís Salvador de Austria, y concluye en 1919, por la estancia del pintor Joaquín Sorolla), en parte sigue vigente. Se creó «una imagen colectiva» de Eivissa a partir de «unas ideas que se transmitieron de unos a otros plásticamente», mediante pinturas o fotografías, pero también «literalmente» e, incluso «oralmente», de un autor a otro, de un lector a otro, de un artista a otro, según Ferrer. El mito se construye a partir de «características idealizadas» de las Pitiusas «más próximas a los sueños de los viajeros que a la realidad del territorio».

Lo asombroso es que en el Facebook de aquella época, esa idealización caló. Y a Eivissa no le vino nada mal, pues fue el germen del turismo de los años 20 y 30 del pasado siglo. Aquellos pioneros, aquellos viajeros (que no turistas), tenían el propósito de «buscar pueblos donde no se hubiera perdido el estado originario». Las Pitiusas cumplían ese requisito: «Encontraban aquí costumbres remotas, el origen de las cuales se perdía en el tiempo». Y



'Una calle de Eivissa', de 1913. SANTIAGO RUSIÑOL

el paisaje era «virgen», el de un lugar donde «hombre y naturaleza vivían en armonía y el progreso no había llegado aún»... O eso creían aquellos visitantes que idealizaban el destino: «El viajero romántico del siglo XIX pretende encontrar sociedades no civilizadas». Para Ferrer, «el mito de la Isla Blanca [acuñado por Santiago Rusiñol en 1913] responde al sueño de encontrar un lugar perfecto o ideal, un enclave «utópico».

Y qué mejor que aquella Eivissa

Desde inicios del siglo XX, «las mismas costumbres que antes eran rechazadas, pasaron a ser testimonios de un pasado glorioso»

«de costumbres salvajes y peligros desconocidos», donde por una malmirada o un acceso de celos te saltaban los sesos de un pistoletazo o te marcaban la cara a cuchilladas. Eran costumbres que «relacionaban con el pasado islámico de la isla». Los viajeros pensaban que «los ibicencos, especialmente los payeses, no se habían adaptado del todo a las costumbres cristianas y mantenían maneras heredadas de los moros».

De bárbaros a auténticos

Lo curioso, explica Nina Ferrer en el libro, es que esa imagen de los pitiusos cambia radicalmente a comienzos del siglo XX, en cuanto se descubren importantes yacimientos arqueológicos en es Puig des Molins, en illa Plana o en la cueva de es Cuieram. Desde esa primera década del nuevo siglo, «las mismas costumbres que antes eran rechazadas, pasaron a ser consideradas testimonios de un pasado glorioso». Los payeses ya no eran esos incívicos, feroces e intratables descendientes de los musulmanes, sino «los auténticos ibicencos».

Aquellos hallazgos arqueológi-



Fascinados por la «blancura que regocija el ánimo»

► Nina Ferrer recuerda que Santiago Rusiñol dio a Eivissa el sobrenombre de Isla Blanca en 1913, un año después de visitarla: «Le sorprendió cómo la luz incidía en la cal de las casas de Vila y cómo ese blanco se encontraba por algunos caminos y parajes de la isla». Una «blancura tan nítida que regocija el ánimo y le hace concebir ideas de bienestar, de paz y de felicidad», escribió Víctor Navarro en 'Costumbres en las Pithiusas'. «Probablemente -indica la autora- a los escritores valencianos ni la luz ni la temperatura les parecía destacable porque vivían en ambientes muy parecidos, pero no les dejaba de llamar la atención la especial blancura de las casas ibicencas».

La autora, profesora en el colegio La Consolación, concluyó esta tesis en el año 2016. Además de su faceta como historiadora y docente, Ferrer es restauradora de documentos gráficos, como el 'Libre de Capbreu' o el 'Libre de Juraria' pitiusos. **J. M. L. R.** EIVISSA

cos se convirtieron en una magnífica operación de *marketing*, en un lavado gratis de imagen. Eivissa pasó de ser «una isla donde la civilización no había llegado, a un lugar donde la modernidad no había llegado». Sus formas de vida estaban «ancladas en el pasado remoto, como si el tiempo se hubiera detenido» en este punto geográfico. Y eso le confería una característica peculiar: «Las condiciones de vida aquí eran parecidas a las del paraíso perdido».

Las costumbres se habían mantenido prácticamente inalterables gracias a la lejanía, al aislamiento. Mientras Mallorca mantenía los lazos y conexiones marítimas con la Península, Eivissa «había quedado al margen de cualquier papel determinante desde el siglo XIII». Con la llegada del cristianismo, quedó «arriñonada» «no tanto por la distancia física como por una distancia extraña. No había nada que justificara visitarla. No tenía poder de de-

Aquella Isla Blanca «no existe, es la construcción de un lugar ideal basada en un lugar real»

cisión política, ni económica ni administrativa». Quedó incluso al margen de «los recorridos comerciales marítimos». La lejanía, el escaso número de personas que la visitaban, la hacían más misteriosa, si cabe: «Aumentó el desconocimiento sobre Eivissa, así como los misterios que podía esconder».

La implantación de líneas regulares de vapores rompió, en parte, ese aislamiento. Y con esos buques llegaron los primeros pintores. Coincide, según subraya Nina Ferrer, con un acontecimiento tecnológico: la aparición, en 1840, del

tubo de estaño «que permitió comercializar los tubos de pintura al óleo» y «pintar fuera del taller, al aire libre o incluso desplazarse de un lugar a otro en busca de inspiración».

Y no fueron, recalca Ferrer, los pintores ibicencos quienes proyectaron en aquella época «una determinada imagen de la isla», sino los extranjeros, como el archiduque, Gaston Vuillier... «La gran mayoría de las veces eran imágenes idealizadas, sobre todo respecto al paisaje. Pero en ocasiones, las descripciones de aquellas personas de paso por la isla no eran bien recibidas por los ibicencos», indica Ferrer. Sobre todo los comentarios que se hacían de ellos y de sus costumbres.

Un mundo perdido

Y eso tuvo consecuencias: «Los ibicencos querrán emitir entonces su propia versión. Se preguntarán por su idiosincrasia, de manera que aparecen los primeros estudios históricos modernos, los primeros mo-

numentos y la conciencia de la necesidad de conservar y proteger el patrimonio».

¿Y por qué se interesaban tanto los viajeros europeos por Eivissa? Porque creían haber perdido «su mundo tradicional». Eso les provocaba «un sentimiento de pérdida irreparable». De ahí que, según la autora, buscaran lugares donde aún no había ocurrido eso.

Eso sí, el mito de la Isla Blanca «no fortalece la tradición, sino que le da un valor de irrealidad desde el desconocimiento de las tradiciones idealizadas». Lo que cuentan en esa época los viajeros era muy subjetiva: «La realidad ibicenca no era la que explicaban. Ellos explicaron su realidad particular a través de una experiencia ibicenca». Hablaban de «un lugar con coordenadas geográficas concretas pero evidentemente irreal». Aquella Isla Blanca «no existe, es la construcción de un lugar ideal basada en un lugar real». Era una simple «utopía».

► **IMÁGENES** de Eivissa, tanto en pintura como en fotografía, realizadas entre los años 1867 y 1919. La autora acompaña el libro 'El mite de l'Illa Blanca' de decenas de oleos, dibujos e instantáneas para explicar su tesis. **1** 'Vista general de Ibiza', aparecida el 5 de mayo de 1883 en El Globo. **2** EL GLOBO **3** Entrada al puerto de Eivissa. Ilustración de 1867 del archiduque Lluís Salvador en 'Las Balears. Descrietas por la palabra y la imagen'. **4** U. S. **5** 'Fabricación de embutidos', de Gaston Vuillier (1888) Aparece en 'Les îles oubliées. Les Baléares, la Corse et la Sardaigne'. **6** GASTON VUILLIER **7** 'Porxo' del Puig de Missa de Santa Eulària. Fue pintado por Joaquín Sorolla en 1919, durante una larga estancia en la isla en la que fue agasajado por las fuerzas vivas casi a diario. **8** J. SOROLLA **9** La autora, Nina Ferrer, presenta mañana su trabajo en la demarcación pitiusa del Colegio Oficial de Arquitectos de Balears. **10** VICENT MARI